

sudor que me resbalaba por cara y pecho y con las manos mojadas cual si las hubiese sacado de una jofaina de agua. Cerca del Alcázar hallé una especie de kiosko de vendedor de refrescos, y allí me lancé con la presteza del hombre que se pone al abrigo de una granizada. Despues de haber tomado aliento, me dirigí al Alcázar.

El Alcázar, antiguo palacio de los reyes moros, es uno de los monumentos de España mejor conservados. Visto de fuera parece una fortaleza. Se halla completamente rodeado de altas murallas, de torres almenadas y de viejas casas, que forman delante de la fachada dos cuerpos espaciosos. La fachada es severa y limpia como las demás partes exteriores del edificio. La puerta está adornada de arabescos dorados y pintados, entre los cuales se ve una inscripción gótica, que indica la época en que el Alcázar fué restaurado por orden del Rey Don Pedro. Con efecto: por más que el Alcázar sea un palacio árabe, mejor es obra de los reyes cristianos que de los monarcas moros. Fundado no se sabe qué año precisamente, fué reconstruido por el rey Abdelasis hácia fines del siglo XII, conquistado por el rey Fernando hácia la mitad del siglo XIII, reedificado segunda vez por el rey Don Pedro, habitado en seguida, durante el espacio de muchos años, por casi todos los reyes de Castilla, y elegido, en fin, por Carlos V para celebrar su matrimonio con la infanta de Portugal. El Alcázar fué testigo de los amores y crímenes de tres razas de reyes: cada una de sus piedras despierta un recuerdo y guarda un secreto.

Se entra: se atraviesan dos ó tres piezas, que solo tienen de árabe el techo y algunos mosaicos en los zócalos, y se llega á un patio donde uno se para lleno de admiracion. Un pórtico con elegantes arcos se desarrolla á lo largo de los cuatro costados, sostenido por columnas de mármol, unidas dos á dos; arcos, paredes, ventanas, puertas, se hallan cubiertos de esculturas, mosaicos, treceñas complicadas, de extremada delicadeza, trabajados, ya como finísimo encaje, ya como bordados tapices, ó bien volados y pendientes. como ramos ó guirnaldas de flores. Y hecha excepcion de los mosaicos de color, todo es blanco, claro, reluciente como el marfil. A los cuatro lados se hallan las cuatro puertas que dan entrada á las salas reales. Aquí la admiracion se cambia en entusiasmo. Todo lo que la imaginacion más exaltada pueda soñar más rico, más variado, más espléndido en el más ardiente de los sueños, se encuentra reunido en aquellas salas. Desde el pavimento á la bóveda, alrededor de las puertas, á lo largo de los marcos de las ventanas, en los ángulos más escondidos, en cualquier parte que se fijen los ojos, hay un hormiguo tal de adornos de oro y piedras preciosas, una red tan espesa de treceñas é inscripciones, una tan maravillosa profusion de dibujos y colores, que apenas se dan veinte pasos sin que uno quede aturdido y confuso, mientras los ojos fatigados buscan un pedazo de pared donde puedan refugiarse y descansar. En una de estas salas, el guarda muestra una mancha rojiza que cubre un largotrecho del pavimento de mármol y dice con voz solemne:

—Esta es la mancha de sangre de Don Fadrique, gran maestro de la orden de Santiago, muerto en este mismo sitio el año 1358, de orden del rey Don Pedro, su hermano.

Me acuerdo que al oír esto miré cara á cara al guarda, con aire que quería decir:—"Vamos, vamos,"—que hizo al pobre hombre contestarme con tono áspero:

—*Caballero*, si os pidiera que me creyérais bajo mi palabra, podríais dudar con razon; pero cuando podéis verlo con vuestros propios ojos, me admira... pero... me parece...

—Sí, sí,—me apresuré á contestar:—esto es sangre: lo creo, lo veo, pero no hablemos más del asunto.

Mas si uno puede reirse de la mancha de sangre, no puede hacerlo de la tradicion del crimen á que se atribuye. El aspecto de aquel lugar despierta en el alma todos los detalles de aquel funesto suceso. Parece que uno oye retumbar por aquellas vastas salas doradas los pasos de don Fadrique, perseguido por los arqueros armados de mazas; el palacio se halla envuelto en las tinieblas y no se oye más ruido que el que producen los verdugos y la víctima. Don Fadrique quiere penetrar en el patio y Lope de Padilla le detiene. Fadrique puede escapar, ya se halla en el patio, saca su espada... ¡maldición! la cruz de la empuñadura se ha enredado con el manto de la orden de Santiago, los arqueros llegan, no tiene tiempo que perder, huye á tientas de un lado al otro; Fernandez de Roa le alcanza y le derriba de un hachazo; acu-

den los demás y tambien le hieren... Fadrique espira en un lago de sangre... Pero este triste recuerdo se pierde entre las mil imágenes que recuerdan la vida deliciosa de los reyes árabes. Esas graciosas y pequeñas ventanas, donde se espera ver de un momento á otro la cara lánguida de una odalisca; esas puertas secretas ante las cuales os deteneis aún á pesar vuestro, como si hubiéseis oído el roce de un vestido; dormitorios de los sultanes, envueltos en oscuridad misteriosa, donde os parece escuchar, confundidos, los suspiros de amor de todos los monarcas; esa prodigiosa variedad de colores y bordados, animada y varia sinfonía, os lanza á no sé qué delirio fantástico, haciendo creer que se sueña; esa arquitectura delicada y ligera, columnas que parecen brazos de mujer, pequeños y caprichosos arcos, reducidos gabinetes, bóvedas cubiertas de adornos que penden en frágiles estalactitas, en racimos pintados y de variado color, como floridos cuadros de jardin: todo inspira el deseo de sentarse en medio de esas salas y permanecer allí, sintiendo sobre el corazon el peso de una hermosa cabeza de andaluza, que haga olvidar el mundo y el tiempo, y que con un beso os adormezca para siempre... La más hermosa sala de la planta baja es la de embajadores, formada por cuatro grandes arcos, que sostienen una galería de cuarenta y cuatro arcos menores y en lo alto preciosa cúpula esculpida, pintada, dorada, bordada con gracia inimitable y lujo fabuloso. En la estancia superior, donde se hallan los departamentos de invierno, no queda más que un oratorio de Fernando é Isabel y una pequeña cámara,

en la cual dicen que dormía el rey don Pedro. Desde allí se baja por una escalera estrecha y misteriosa al departamento que habitaba la famosa María de Padilla, favorita del rey, á la cual la tradicion popular acusa de haberle conducido hasta el fratricidio...

Los jardines del Alcázar no son ni muy grandes ni muy hermosos, pero los recuerdos que despiertan valen más que la grandeza y la hermosura. A la sombra de aquellos naranjos y de aquellos cipreses, al murmullo de aquellas fuentes, cuando en ese cielo purísimo de Andalucía brillaba la plateada luna y reposaba allí la turba de cortesanos, ¡cuántos prolongados suspiros de ardientes cortesanas! ¡cuántas humildes palabras de soberbios reyes! ¡cuántos amores formidables!—¡Itimad! ¡amor mío!—murmuraba yo, soñando con la amante célebre del rey Al-Motamid, y errando de sendero en sendero como en persecucion de un fantasma,—¡Itimad, no me dejes solo en este paraíso silencioso! ¡Detente! ¡Dame todavía la felicidad de esta noche!... ¿Te acuerdas? Viniste á mí y tu rica cabellera me envolvía lo mismo que un manto; como el guerrero abraza su espada, así abracé yo tu cuello, más blanco y flexible que el del cisne! ¡Cuán hermosa eres! ¡Mi corazón abrasado extinguía su ardiente sed en tus labios color de sangre! Tu hermoso cuerpo aparecía por entre los pliegues de tu ropa espléndidamente bordada, como sale de la vaina una hoja de espada tersa y brillante; y yo oprímía con mis dos manos tu flexible talle y toda la perfeccion de tu belleza. ¡Cuánto te quiero, Itimad! ¡Tu beso es

dulce como el vino, y tu mirada, como el vino, hace perder la razón!...

Mientras hacía así mi declaracion de amor con expresiones é imágenes robadas á los poetas árabes, y en el momento en que seguía una senda llena de flores, sentí de pronto un juego de agua entre las piernas; híceme atrás y recibí otro en la cara; volvíme á la derecha y lo sentí en el cuello; me eché á la izquierda, y en la nuca; apreté á correr: agua por debajo, por aquí, por allá, por todas partes; en hilos, en chorros, en lluvia, de modo que en un instante quedé completamente mojado, como si me hubiera metido en un cubo. Abrí la boca para gritar; pero todo cesó en aquel momento y oí en el fondo del jardín un estallido de sonoras carcajadas. Volvíme y ví á un jóven apoyado en una pequeña pared que me miraba con expresion que quería decir: "¿Le ha gustado eso?" Cuando salí me enseñó el resorte que había tocado para jugarme aquella *broma*, y me consoló diciendo que el sol de Sevilla no me dejaría por mucho tiempo en aquel estado de esponja empapada al que había pasado bruscamente, ¡qué diablos!... desde los brazos cariñosos de mi sultana.

Por la tarde, á pesar de las voluptuosas imágenes que el Alcázar había evocado en mi alma, gozaba de calma suficiente para admirar las bellezas de las sevillanas sin necesidad de buscar un asilo en los brazos del cónsul. No creo que existan en ningun país mujeres más capaces que las andaluzas de inspirar la idea de un rapto; no sólo porque excitan la pasion que inspira locura, sino porque parecen hechas adrede

para ser tomadas, empaquetadas y escondidas; tan pequeñas son y tan ligeras, regordetas, elásticas y flexibles. Sus pequeños piés cabrían perfectamente los dos en el bolsillo del gaban: las cogerais por la cintura con una sola mano, como muñecas, y haciendo un pequeño esfuerzo con un solo dedo, las hariais inclinarse como un junco. A su belleza natural añaden el arte de caminar y de mirar de un modo tal, que vuelven loca la cabeza mejor sentada. Vuélan, resbalan, ondulan; en un minuto pasan cerca de uno, muestran su pié pequeñísimo; os hacen admirar su brazo, os ponen en evidencia su delgada cintura, os descubren dos hileras de blancos dientes, os lanzan una mirada prolongada y encubierta que penetra hasta el alma y allí muere; y despues se marchan con aire triunfal seguras de haberos hecho perder el sentido. Para tener una idea aproximada de la belleza de las mujeres del pueblo y de sus hábitos, fuí al día siguiente á visitar la fábrica de cigarros, que es una de las más grandes de Europa, y que no cuenta ménos de cinco mil obreras. El edificio se halla frente al vasto jardín del duque de Montpensier. Las obreras están casi todas en tres grandes salas divididas en tres partes por tres hileras de columnas. El primer golpe de vista es sorprendente: veis á la vez ochocientas jóvenes, formando grupos de cinco ó seis, sentadas alrededor de unas pequeñas mesitas, agrupadas á montones, las primeras como envueltas en una niebla y las últimas apenas visibles; todas jóvenes, algunas, niñas todavía. Ochocientas cabelleras negras y ochocientas caras morenas, de todos los puntos de Andalucía, desde

Jaen á Cádiz, desde Granada á Sevilla. Se oye un ruido como en una plaza llena de gente. Las paredes, desde la puerta de entrada hasta la de salida, se hallan cubiertas de sacos, chales, pañu los, zapatos; y ¡cosa extraña! este conjunto de prendas, que bastarían á llenar cien traperías, ofrecen dos colores dominantes, los dos contínuos, uno sobre otro, como los colores de una larga bandera: el negro de los mantones encima, el rosa de las ropas debajo, y mezclados con el rosa violeta, el blanco y el amarillo. Parece que se está viendo una inmensa tienda de disfraces ó una inmensa sala de baile donde las bailarinas hubiesen colgado en las paredes todo lo que no les es absolutamente necesario para salvar el decoro. Las muchachuelas se arreglan al salir; para trabajar se ponen ropa vieja, pero rosa y blanca del mismo modo. Como el calor es insoportable, se aligeran cuanto pueden, y por esto apenas hay unas cincuenta que no dejen al descubierto brazos y hombros, que el visitante puede contemplar á su sabor, sin hablar de los casos extraordinarios que se ofrecen de improviso, al pasar de una sala á otra, detrás de las puertas y columnas, en el fondo de los ángulos lejanos. Hay caras preciosas, y hasta las que no son guapas tienen algo que llama la atencion y se graba en la memoria: el color, los ojos, las pestañas, la sonrisa. Muchas, sobre todo las gitanas, son de un moreno oscuro, como las mulatas, y tienen labios hermosos. Otras se hallan adornadas de ojos tan grandes, que si se hiciera fielmente su retrato parecería una exageracion monstruosa. La mayor parte son pequeñas y bien formadas, y todas llevan una rosa, unas viole-

tas, un ramo de flores campestres en las trenzas. Son pagadas en razon al trabajo que hacen; las más hábiles y las más trabajadoras ganan hasta tres pesetas al día; las *bolgozanas* duermen con los brazos cruzados sobre la mesa y la cabeza apoyada en los brazos. Las que son madres, trabajan moviendo una pierna, en la cual tienen atado un cordel que hace balancear una cuna. De la sala de los puros se pasa á la de *cigarillos*, de esta á la de las cajetillas, de la de las cajetillas á la de los envases mayores, y en todas se ven ropas encarnadas, trenzas negras y ojos rasgados. Cuando se sale de esta fábrica parece por largo espacio de tiempo que solo se ven ojos negros por todas partes, ojos que miran con mil expresiones diversas de curiosidad, de enojo, de simpatía, de alegría, de tristeza, de sueño.

El mismo día fuí á ver el Museo de pintura. El Museo de Sevilla no posee muchos cuadros, pero los que tiene valen por un gran museo. Allí se encuentran obras maestras de Murillo, entre otras el inmortal *San Antonio de Pádua*, que goza fama de ser la más divinamente inspirada de sus creaciones y una de las más grandes maravillas del genio humano. Visité el Museo con el Sr. D. Gonzalo Segovia y Ardizzone, uno de los más ilustres jóvenes de Sevilla, y quisiera que se hallara aquí, junto á mi mesa para atestiguar con su firma que en el momento en que ví el citado cuadro lancé un grito, agarrándome á su brazo. Recuerdo que otra vez, una sola vez en la vida, he experimentado conmocion semejante á la que sufrí á la vista de aquel cuadro. Era una hermosa noche de

verano; el cielo lucía refulgente de estrellas; el vasto campo, que se abarcaba de una sola mirada, desde el lugar elevado en que me hallaba, se dormía sumido en paz profunda. Una de las más hermosas criaturas que he conocido en la vida se hallaba junto á mí. Pocas horas antes habíamos leído algunas páginas de un libro de Humboldt. Mirábamos el cielo y hablabamos del movimiento de la tierra, de los millones de mundos, de lo infinito, con ese tono bajo, cual si fuera la voz lejana que uno emplea espontáneamente cuando de noche habla de cosas semejantes en lugares silenciosos. De pronto nos callamos y cada uno se abandonó, los ojos fijos en el cielo, á sus recuerdos. Yo no sé cuáles fueron los pensamientos que cruzaron por mi mente; yo no sé qué misterioso impulso de sentimientos experimenté en mi corazón; yo no sé lo que vi, ni lo que pasó por mi sér; tan solo sé que de pronto me pareció que se descorría un velo ante mi alma, sentí dentro de mí una seguridad completa de aquello que hasta entonces más había descaído que creído; mi corazón se dilató en un sentimiento de suprema dicha, de dulzura angélica, de esperanza sin límites; un río de ardientes lágrimas brotó impetuosamente de mis ojos, y estrechando la mano amiga que buscaba la mía, grité desde lo profundo de mi alma: "¡Es verdad! ¡es verdad! ¡es verdad!" y me eché á llorar como un chiquillo. Pues bien, el *San Antonio de Pádua* me hizo experimentar la misma emocion. El santo se halla arrodillado en medio de su celda; el Niño Jesús, rodeado confusamente de luz vaga y vaporosa, atraído por la fuerza de su plegaria

desciende hasta sus brazos; San Antonio, arrebatado en éxtasis, se lanza hácia él en cuerpo y alma, echando atrás la cabeza radiante en el arrobamiento de una felicidad sobrehumana. La sacudida que me causó este cuadro fué tal, que algunos minutos de contemplacion me dejaron fatigado como si hubiese recorrido un gran Museo, y me sobrecogió un temblor que me duró todo el tiempo que permanecí en aquella sala. Vi despues otros grandes cuadros de Murillo: una *Concepcion*, un *San Francisco abrazando á Cristo*, otra *Vision de San Antonio* y otros, en número de unos veinte, entre ellos la preciosa y célebre *Virgen de la servilleta*, pintada por Murillo sobre una servilleta verdadera, en el convento de capuchinos de Sevilla, por satisfacer el deseo del lego que le servía. Es una de sus más delicadas creaciones, en la cual prodigó toda la magia de su inimitable colorido. Pero ninguno de esos cuadros, que son la admiracion de todos los artistas del mundo, apartó mi pensamiento y mi corazón de aquel divino *San Antonio*. Hay tambien en el Museo cuadros de los dos Herrera, de Pacheco, de Alonso Cano, de Pablo Céspedes, de Valdés, del Mulato, que fué criado de Murillo y supo imitar hábilmente la manera del maestro, y en fin, el famoso gran cuadro *La apoteosis de Santo Tomás de Aquino*, de Francisco Zurbaran, uno de los más eminentes artistas del siglo xvii, apellidado el Caravaggio español, superior tal vez á este por la verdad y la expresion naturalista, potente: colorista vigoroso, pintor inimitable de monjes austeros, de santos extenuados por las maceraciones, de ermitaños pensativos, de sacerdotes terribles,

y poeta incomparable de la penitencia, de la soledad y de la meditacion, ese era Zurbaran.

Despues de haberme enseñado el Museo de pintura, el Sr. D. Gonzalo Segovia me condujo, por un laberinto de pequeñas calles, á la de *Francos*, que es una de las principales de la ciudad. Deteniéndose ante la tienda de un comerciante de paños, me dijo sonriendo:

—Esta tienda ¿no os hace pensar en nada?

—En nada, á decir verdad,—contesté yo.

—Mirad el número.

—Es el número quince; ¿y qué?

—¡Qué demonio!—exclamó entonces mi amable compañero.—Y se puso á cantar.

*Número quindici*

*A mano manca...*

—La tienda del *Barbero de Sevilla*,—exclamé yo entonces.

—Efectivamente: la tienda del *Barbero de Sevilla*. Pero un momento: hablareis de esto seguramente en Italia, mas os prevengo que no respondo del hecho. Las tradiciones son con frecuencia engañosas, y yo no quisiera cargar con la responsabilidad de una afirmacion histórica de tanta importancia.

En aquel instante el tendero apareció en la puerta, y adivinando lo que allí nos retenía, se echó á reir y nos dijo:—*No está*.—(*Figaro* no está en casa), y saludándonos metióse dentro.

Rogué entonces al Sr. Segovia que me hiciera ver un *patio*, uno de esos *patios* encantadores que mira—

dos desde la calle me hacían soñar tantas delicias.

—Al ménos quiero ver uno, —le dije;—penetrar una vez hasta el centro de sus misterios, tocar sus paredes y lograr el convencimiento de que es una realidad y no una visión.

Mi deseo fué en seguida satisfecho. Entramos en un *patio* de uno de sus amigos. El Sr. Segovia dijo al criado cuál era nuestro deseo y nos quedamos solos. La casa no tenía más que un piso. El *patio* no era mayor que un salón ordinario, pero todo de mármol y flores, con un juego de agua en el centro, y al rededor cuadros y estatuas, y de una parte á otra del techo un toldo que libraba de los rayos del sol. En un ángulo había una pequeña mesa de labor, y aquí y allá cajas y taburetes, donde se habían apoyado seguramente los piés de una andaluza que nos estaba observando á través de una persiana. Miré cada cosa minuciosamente, como lo hubiera hecho con una casa abandonada por las hadas. Me senté, cerré los ojos, y me imaginé que era el dueño de la casa. Me levanté despues, me bañé las manos en el agua de la fuente, toqué una columna, me apoyé contra la pared, cogí una flor, levanté los ojos hácia las ventanas, sonré, suspiré y dije:

—¡Cuán felices deben ser los que aquí viven!

En aquel momento oí que se reían, volví la cabeza y ví brillar detrás de una persiana dos ojos negros que desaparecieron en seguida.

—En verdad,—dije yo,—no creía que sobre la tierra se pudiese vivir tan poéticamente. ¡Y pensar que gozáis de semejantes caras toda la vida y que te-

neis ánimo todavía de devanaros los sesos con la dichosa política!...

Don Gonzalo me explicó los secretos de la casa.

—Todos esos muebles—me dijo,—esos cuadros, esas macetas de flores, desaparecerán de aquí en el otoño y serán trasladados al primer piso, que es la habitación de invierno y de primavera. Al acercarse el verano, camas, armarios, mesas, cajas, todo es transportado á los cuartos de la planta baja y la familia duerme aquí, come, recibe á los amigos y aquí trabaja, entre las flores y los mármoles, al dulce murmullo de la fuente. Y como durante la noche se dejan las puertas abiertas, desde las alcobas se ve el *patio* iluminado por la luna y se respira el perfume de las rosas.

—¡Oh! ¡Basta ya!—exclamé yo.—¡Basta Sr. Segovia! ¡Tenga Vd. compasion de los extranjeros!

Y riéndonos de corazón salimos de allí para ir á ver la famosa *Casa de Pilatos*. Al pasar por una callejuela solitaria ví en los escaparates de una quincallería un surtido de cuchillos espantosamente anchos, largos y extravagantes que me avivaron el deseo de comprar uno. Entré; me pusieron á la vista más de veinte, que hice abrir uno tras otro. A cada hoja que se abría daba un paso atrás. No creo que se pueda imaginar un arma de un aspecto más horrible ni más bárbaro: mango de cobre, latón ó hueso, un poco encorvado y con calados en los que se incrustan pequeñas placas de talco de diversos colores: sale rechinando una hoja ancha como la palma de la mano, larga de dos cuartas, aguda como un puñal, en

forma de pescado, adornada con cinceladuras rojas, que parecen líneas de sangre cuajada, y de inscripciones amenazadoras y feroces: *No me saques sin razon ni me envaines sin honor*. En otra: *Cuando hiero todo ha terminado*. En una tercera: *Cuando muere esta serpiente, nada puede hacer el médico*, y otras galanterías del mismo género. El nombre especial de esos cuchillos es el de *navaja*, y la *navaja* es el arma de desafío del pueblo. Hoy día se halla algo olvidada ó descuidada, pero antes estaba muy en boga; había profesores de navaja; cada uno tenía su *estocada* secreta; se verificaban los desafíos con todas las reglas del arte. Compré la mayor de todas y proseguimos nuestro camino. La *Casa de Pilatos*, que pertenece hoy á la familia Medinaceli, es el más hermoso monumento de arquitectura árabe que existe en Sevilla. Se la llama *Casa de Pilatos* porque su fundador, Enriquez de Ribera, primer marqués de Tarifa, la hizo construir, según parece, á imitación de la casa del pretor romano que había visto en Jerusalem, á donde fué en peregrinación. El aspecto exterior del edificio es modesto; el interior maravilloso. Se entra desde luego en un *patio*, no ménos bello que el encantador del Alcázar, rodeado de doble fila de arcos sostenidos por magníficas columnas de mármol, que forman dos ligeras galerías superpuestas y tan delicadas, que parece han de romperse al primer soplo del viento. En el centro hay una graciosa fuente, sostenida por cuatro delfines de mármol y coronada por una cabeza de Jano. Los muros, en su parte inferior, se hallan adornados de brillantes mosaicos y cubiertos en su parte superior

de toda clase de caprichosos arabescos, con hornacinas acá y allá, en las cuales se ven bustos de varios emperadores romanos. En los cuatro ángulos se elevan cuatro estatuas colosales. Las salas son dignas del patio; techos, paredes, puertas se hallan esculpidos y se ven en ellos follajes, flores y otros dibujos con tal delicadeza hechos, que parecen trabajo de miniatura. En una vieja capilla, cuya arquitectura es mezcla de estilo gótico y árabe, de forma muy elegante, se conserva una pequeña columna de un poco más de dos piés de altura, regalada por Pío V á un descendiente del fundador del palacio, virey de Nápoles á la sazón. La tradición supone que Jesucristo fué atado á aquella columna para ser azotado, lo cual, de ser verdad, probaría que Pío V no lo creería así de ningún modo, pues no hubiera cometido tan á la ligera la incalificable enormidad de privarse de objeto tan precioso, para hacer un regalo al primer advenedizo. Todo el palacio está lleno de recuerdos sagrados. En el primer piso el guardian enseña una ventana que corresponde á aquella junto á la cual San Pedro se hallaba sentado cuando renegó de Jesús y la lucana desde la cual le reconoció la criada. Desde la calle se ve otra ventana con balustrada de piedra, que ocupa el mismo sitio de aquel desde el cual Jesús, coronado de espinas, fué presentado al pueblo. El jardín está lleno de fragmentos de estatuas antiguas, traídas de Italia por el mismo D. Pedro Afán de Ribera, virey de Nápoles. Entre otras fábulas que se refieren sobre este misterioso jardín, se dice que don Pedro Afán de Ribera había colocado allí una urna,



transportada de Italia, que contenía las cenizas del emperador Trajano, y que un curioso sin educación la volcó un día, perdiéndose las cenizas del emperador entre la hierba, sin que nadie pudiera recogerlas. De este modo el augusto monarca, nacido en Itálica, volvió por azar extraordinario junto á su ciudad natal, no tan bien equipado, justo es decirlo, que pudiera detenerse á meditar sobre las ruinas de su ciudad natal; pero, de todos modos, allí volvió.

Cuando se ha visto todo cuanto he descrito, puede decirse, no que se ha visto Sevilla, sino que se ha empezado á ver. Me detengo aquí, no obstante, porque todo ha de tener su fin. Dejo á un lado los paseos, plazas, puertas, bibliotecas, palacios públicos, casas de grandes, jardines é iglesias. Diré tan solo que después de haber paseado durante muchos días desde la salida hasta la puesta del sol, vime obligado á salir de Sevilla con muchos remordimientos en la conciencia. No sabía donde tenía la cabeza. Llegué á tal extremo de fatiga, que el anuncio de algo nuevo que me quedaba por ver, me producía más miedo que alegría. El bueno de don Gonzalo me animaba, me confortaba, por así decirlo, y me acortaba las distancias con su amable compañía; pero, á pesar de esto, solo conservo un recuerdo sumamente confuso de cuanto visité en los últimos días. Sevilla, por más que no merezca el dictado de Atenas española, como en tiempo de Carlos V, cuando madre y señora de una falange numerosa y escogida de poetas y pintores era el asiento de la civilización y de las artes del vasto imperio de sus monarcas; Sevilla, digo, es todavía,

después de Madrid, la ciudad de España donde la vida artística se mantiene más floreciente, por la abundancia de ingenios, por el saber de sus Mecenas, y por el carácter del pueblo, apasionado de las bellas artes. Posee una brillante Academia Literaria, una Sociedad Protectora de las Artes, una Universidad famosa y una familia de sabios y escultores que gozan en España de honrosa reputación. Pero la más legítima gloria literaria de Sevilla es una mujer. Catalina Bohl, autora de las novelas que llevan el nombre de *Fernán Caballero*, sumamente apreciadas en España y en América, traducidas á casi todos los idiomas de Europa y conocidas en Italia—donde acaban de ser publicadas algunas de ellas,—por casi todas las personas que siguen el movimiento de la literatura extranjera. Son admirables cuadros de costumbres andaluzas llenos de verdad, de gracia, de ternura y, por encima de todo, de una fé tan potente, de un entusiasmo religioso tan intrépido, de una ardiente caridad cristiana tan fervorosa, que el hombre más escéptico se siente al leer tales libros turbado y conmovido. Catalina Bohl es una mujer que sufriría el martirio con la firmeza y serenidad de San Ignacio. Y la conciencia de su fuerza se revela en cada una de aquellas páginas: no se limita á defender la religión y predicarla; ataca, amenaza y desafia á sus enemigos, no solo á los enemigos de la religión, sino á todos los hombres y á todas las cosas que se hallan animados, como ella dice, del espíritu del siglo. Y no perdona nada de cuanto se ha hecho en el mundo con posterioridad á la época de la Inquisición;

es más inexorable que el *Syllabus*. En ello estriba seguramente su mayor defecto, pues que sus predicaciones religiosas y sus invectivas son exageradas, tanto, que cuando no sublevan, perjudican á lo ménos el propósito de la autora, y hacen su lectura enojosa. Sin embargo, no hay en el alma de aquella una gota de hiel; se muestra en sus libros tal cual se muestra en su vida, amable, buena, caritativa. En Sevilla es venerada como una santa. En ella nació, en ella se casó muy jóven y al presente se encuentra viuda por tercera vez. Su último marido, que fué embajador de España en Lóndres, se suicidó, y desde entónces no ha dejado el luto. Tiene más de setenta años: ha sido muy hermosa y su aspecto noble y sereno guarda el sello de su pasada belleza. Su padre, que era un hombre de espíritu superior y cultivado, le hizo aprender muchos idiomas en la infancia: conoce á fondo el latin y habla con maravillosa facilidad el italiano, el alemán y el francés. Hoy, á pesar de que los diarios y los editores de Europa y América le hacen las más ventajosas ofertas para obligarla á cojer la pluma, ya no escribe, pero no por esto vive en la inacción: lee desde la mañana hasta la noche toda clase de libros, y mientras lee hace calceta ó borda, pues tiene establecido que sus estudios literarios no deben privarla de sus ocupaciones femeniles. No tiene hijos; vive sola en una casa de la cual ha cedido la mejor parte á una familia pobre y emplea en limosnas gran parte de sus rentas. Un rasgo curioso de su carácter y del vivo afecto que siente por los animales: su casa está llena de pájaros, gatos y per-

ros y su sensibilidad llega á tal extremo en este punto, que nunca ha querido subir á un coche, de miedo que por su causa se diera un latigazo al caballo. Todos los dolores le afligen cual si fueran sus propios dolores: la vista de un ciego, de un enfermo, de un desgraciado cualquiera la tiene turbada todo un día. No puede dormir si no ha consolado á alguien y daría alegremente toda su gloria por evitar la desdicha de un desconocido. Antes de la revolucion vivía ménos retraida; los duques de Montpensier la recibían con grandes distinciones y las más ilustres familias se disputaban el honor de su presencia. Hoy vive sólo con sus libros y algunas amigas.

En tiempo de los árabes Córdoba tenía la supremacía en la literatura y Sevilla en la música. Averroes decía: "Cuando en Sevilla se muere un sabio y quieren vender sus libros, los mandan á Córdoba; pero si muere un músico en Córdoba, sus instrumentos se envían á Sevilla para ser vendidos." En la actualidad Córdoba ha perdido la preeminencia literaria y Sevilla tiene las dos. Sin duda no son nuestros tiempos aquellos en los cuales un poeta, al cantar las bellezas de una dama, hacía acudir alrededor de ella y de todos los puntos del reino una turba de enamorados; ó en los que un príncipe sentía envidia de otro porque se había escrito en elogio de éste un verso mejor que cuantos él había inspirado en toda su vida; ó en los cuales un califa recompensaba al autor de un hermoso himno, haciéndole el presente de cien camellos, unas cuantas esclavas y un vaso de oro; ó en los que una ingeniosa estrofa, improvisada á pro-

pósito, rompía las cadenas de un esclavo ó salvaba á un reo de muerte; ó en los que los músicos se paseaban por las calles de Sevilla llevando un cortejo de monarcas; ó en los que el favor de los poetas era tan buscado como el de los reyes, y la lira más considerada que la espada. Pero el pueblo sevillano es todavía el pueblo más poeta de España. La frase picante, las palabras de amor, la expresión de la alegría y del entusiasmo brotan de sus labios con una espontaneidad y una gracia que seducen. La gente del pueblo improvisa versos: cuando habla se diría que canta; cuando gesticula que declama: ríe y juguetea como los chiquillos. No se envejece en Sevilla. Es una ciudad en la cual la vida pasa en perpétua carcajada, sin otro pensamiento que disfrutar de un hermoso cielo, de bellas habitaciones y de jardines voluptuosos. Es la ciudad más pacífica de España: la única que después de la revolución no se ha visto agitada por esos movimientos que trastornaron á las demás. La política solo ocupa al menor número: su grande ocupación es el amor. Lo demás, se toma riendo: *todo lo toman en broma*, dicen de los sevillanos los demás españoles. Pero á decir verdad, con aquel aire embalsamado, sus callejuelas de ciudad oriental y sus ardientes mujeres ¿pueden allí entretenerse en hacer revoluciones? En Madrid hablan pestes de ellos: dicen que son vanos, falsos, inconstantes, charlatanes; todo es efecto de celos. Les envidian su feliz carácter, la simpatía que inspiran á los extranjeros, sus mujeres, sus poetas, sus pintores, sus oradores, su Giralda, su Guadalquivir, su vida, su historia. Así

lo dicen los sevillanos poniéndose una mano sobre el pecho y lanzando al aire una nube de humo de su inseparable *cigarrillo*. Y sus mujeres se vengán de los madrileños y de todas las mujeres de la tierra hablando con maliciosa piedad de los piés grandes, de las cinturas anchas y de los ojos muertos, que en Andalucía no recibirían ni el honor de una mirada ni el homenaje de un suspiro. Bondadoso y estimable pueblo, es verdad, pero al cual hay también que considerar según el reverso de la medalla, pues de ella hasta ahora solo conocemos el anverso. Reina en Sevilla la superstición y faltan escuelas, como en casi toda la España meridional, en parte, no por su culpa; en parte, sí, y acaso esta segunda no es la menor parte.

El día fijado para mi marcha llegó sin que me diera cuenta de ello. Es sumamente raro: no recuerdo ningún detalle de la vida que hice en Sevilla, y harto es que pueda recordar dónde comía, de qué hablaba con el cónsul, cómo pasaba las noches y por qué decidí marcharme de día. Vivía como enajenado y fuera de mí, si es dable expresarme de este modo, y aún algo atontado. A no ser por lo que hablamos en el Museo y en el *patio*, muy mala idea hubiera formado de mis conocimientos mi amigo Segovia. Hoy pienso en aquello como si hubiera sido un sueño. En los actuales momentos, mientras estoy seguro de haber estado en Zaragoza, Madrid y Toledo, me alalta la duda de haber estado en Sevilla. Me parece que es una población mucho más lejana que el resto de España; que para volver á ella me sería

necesario viajar durante meses y meses, y atravesar tierras desconocidas, océanos y pueblos muy distintos de los nuestros. Pienso en las calles de Sevilla, en ciertas casas, cual si pensara en las manchas de la luna. A veces la imagen de esa ciudad se aparece ante mis ojos como blanca vision y se disipa sin que mi mente pueda retenerla ni un instante. La vuelvo á ver cuando huelo una naranja con los ojos cerrados; al aspirar el aire, á ciertas horas del día, desde las puertas de un jardín, y al tararear una cancion que oí cantar á un muchacho en las gradas de la Catedral. Y no me sé explicar este misterio: pienso en Sevilla como en una ciudad que he de visitar todavía y gozo al contemplar las láminas y los libros que en ella compré, porque estas cosas me dan la seguridad de que en ella estuve.—Hace un mes recibí una carta en la que me decían: "¡Volved entre nosotros!" Causóme un grato placer, pero me reí al mismo tiempo cual si me hubieran escrito:—"¡Id á dar un paseo por Pekin!"—Seguramente este será el motivo porque Sevilla me es más querida que las demás ciudades de España; la amo como á una bella desconocida que al atravesar un bosque misterioso me hubiese lanzado una mirada, dándome al propio tiempo una flor. Algunas veces, cuando los amigos me apuran preguntándome: "¿En qué piensas?", ya sea en el vestíbulo del teatro, ya en el café, necesito, para atenderles, salir de la cámara de María de Padilla, ó de una barca que vuela á la sombra de los plátanos del paseo de Cristina, ó de la tienda de *Figaro*, ó del vestíbulo de un patio lleno de flores, de juegos de agua y de luces.

Me embarqué á la una de la tarde en un buque de la compañía Segovia junto á la torre del Oro, cuando Sevilla entera estaba sumida en profundo sueño y el sol ardiente la bañaba en un océano de luz. Recuerdo que pocos momentos ántes de la salida vino un jóven á encontrarme á bordo y me entregó una carta de Gonzalo Segovia, en la cual había éste escrito un soneto, que guardo como uno de los más preciosos recuerdos de Sevilla. Iban á bordo una turba de cantantes españoles, una familia inglesa, obreros y niños. El capitán, un andaluz de pura sangre, tenía para todos una palabra cortés. Entablé en seguida conversacion con él. Mi amigo Gonzalo es hijo del propietario del buque; hablamos de la familia Segovia, de Sevilla, del mar, de mil cosas. ¡Ah! el infeliz estaba muy lejos de pensar que pocos días despues, el desgraciado barco que mandaba sucumbiría en alta mar víctima de un horrible siniestro. Era el *Guadaira*, cuya caldera de vapor reventó junto á Marsella el 16 de Junio de 1872.

A las tres salimos para Cádiz.

